

desengañar el vulgo, el qual ciertamente necesita de este desengaño; pues á cada paso se ven individuos, que contra el informe de la experiencia propia arreglan su régimen al dictamen del Médico; y se ven Médicos que por las reglas comunes de las calidades de los manjares, sin exâminar qué efecto hacen en este particular temperamento, á todos prescriben aquellos que estan reputados comunmente por mejores. Si se me dixere que esto no sucede, diré yo lo que he visto infinitas veces. Y no solo esto sucede, sino que hay Médicos tan poco advertidos, que aquello que á ellos les hace provecho, juzgan que ha de aprovechar á todos, y hacen su propio temperamento regla de su práctica. Señor D. Martin, haga V. md. que en todas partes haya Médicos ingenuos, sabios, cuerdos, y sagaces, que entonces yo quemaré por inutil quanto he escrito en aquellos dos Discursos.

14 He dicho que á mí no me importa que la ciencia del Jurista, y del Teólogo esté tan estrecha en esta parte como la del Médico. Todavía halló entre estas facultades una gran diferencia. El reo, demandado ante el Juez, sabe que posee la hacienda; pero no sabe si el poseerla es conforme á la virtud de la justicia. El que consulta al Médico, sabe que usa de tal alimento; y demas á mas sabe que ese alimento es conforme á su complexion, y estómago. Así el Juez, como el Médico han menester informarse de las partes; pero el Juez solo del hecho: el Médico tambien del derecho. El Juez halla el hecho en los autos; pero el derecho en los libros. El Médico uno, y otro ha de buscar en el informe del consultante, del qual únicamente puede saber qué es lo que le conviene determinar. Así el reo no sabe qué sentencia debe dar el Juez; pero el consultante, si no está preocupado del error comun, sabe qué sentencia debe dar el Médico: pues si le informa de que con este alimento le ha ido bien, y con el otro mal, es claro que el Médico debe determinar que use del primero, y no del segundo. La misma disparidad es adaptable respecto del Teólogo Moral.

§. VI. I. **15** EL punto que acaba de tocarse me conduce naturalmente al cotejo que hace V. md. de la Medicina con las demas Ciencias, en quanto á la incertidumbre. Señor D. Martin, yo por ninguna me apasiono, aun de aquellas mismas que he estudiado. Pero encuentro notable diferencia entre la Medicina, y las otras Ciencias que V. md. trae al paralelo.

16 Es verdad que *el Teólogo* (como V. md. dice) *no sabe si el penitente se salva*; pero sabe ciertamente qué es lo que le conviene al penitente hacer para salvarse. Aquí no llega el Médico; pues no sabe ciertamente qué es lo que le conviene hacer al enfermo para curarse. El Teólogo dá receta infalible para conseguir la salud eterna: el Médico no la tiene sino dudosa para lograr la temporal. El penitente si no se salva es porque él no quiere aplicar el remedio: *Ex te Israel perditio tua*. Si el enfermo no se cura es porque el Médico no aplica medicina que alcance. ¿Pretendo yo por eso que esta ventaja del Teólogo se deba á su mayor ingenio, ó estudio? No por cierto. En la Teología el topo encuentra con la certeza: en la Medicina el lince no puede pasar de la conjetura.

17 Usa tambien el Teólogo de probabilidades. Y aun los *Moralistas* (dice V. md.), *procediendo con opinion, solo estan obligados á seguir la probable*; los Médicos tienen mas estrecho el camino, pues están obligados á seguir la mas probable. Es verdad; pero la eficacia es muy diversa: porque el Moralista, usando de opinion probable, absuelve al penitente de la culpa; el Médico, usando de la mas probable, no puede muchas veces curar al enfermo de la dolencia. Fuera de que si el penitente, ó consultante quiere usar de la receta, siempre se la dará el Moralista, no solo probable, sino cierta; pues el consejo de que vaya por el camino mas seguro, omitiendo aquella accion que está en duda si es lícita, ó ilícita, no tiene falencia.

18 Sea quanto se quisiere la Arte Militar, falible en sus proyectos, hallo no obstante entre ella, y la Medicina

notables disparidades. La Arte Militar siempre que hay guerra es necesaria; pues el enemigo ciertamente triunfa si no se sale á la defensa. No puede decirse otro tanto de la Medicina, aun quando hay enfermedad; pues muchas veces, sin que el Médico acuda, resiste la naturaleza. El General siempre sabe á qué enemigo ha de combatir: el Médico muchas veces ignora la enfermedad que debe expungar. El General, viéndose inferior en fuerzas, puede escusar la batalla: el Médico no puede evitar la lid con la enfermedad, aunque vea debil la naturaleza. El General, si no es en el caso raro de ser traydor, nunca se pone de parte del Exército contrario. El Médico infinitas veces, por su ignorancia, ayuda contra el enfermo á la dolencia. Así no se puede negar que procede con mucha mayor obscuridad el Médico en su Arte, que el Caudillo en la suya.

19 Dice V. md. que con un yerro ocasiona mas muertes un General en un dia, que un Médico en cien años. Es así; pero hagamos el cotejo, tomando en lugar de dos individuos, todos los que profesan una, y otra facultad. ¿Quiénes ocasionarán mas muertes en un Reyno dentro del espacio de cien años, los Generales con sus yerros, ó los Médicos con los suyos? O substituyendo á los individuos las facultades, ¿qué yerrós son los que hacen mas estragos, los de la Medicina, ó los del Arte Militar? Yo creo que V. md. resuelve lá duda en el segundo tomo de la Medicina Scéptica, fol. 248. quando dice: *Aquel texto de Galeno, en el método (no solo en las continentes, sino en otras fiebres, causadas por pútrido humor, es saludabilísimo sangrar) tiene muertos mas hombres que la Artillería.* Si solamente una máxima errada en la Medicina hace mas daño que todos los cañones de bronce, ¿qué estrago no harán tantas máximas erradas como es preciso que haya en tantas opiniones controvertidas, pues siempre que hay contradictorias, es preciso que sea falsa la una?

20 La Matemática me parece que no puede, en quanto á la certidumbre, entrar al cotejo con ninguna de las ciencias naturales; porque es la facultad que con buen de-

recho tiene estancadas las demostraciones. No todo lo puede demostrar; ya porque como está en nuestros entendimientos, es ciencia finita; ya porque en la aplicacion salen muchas veces los hombres con el uso fuera de la esfera de su objeto.

21 En quanto á la política, si se habla de aquella que pasa por tal en el mundo, la juzgo mas incierta que la Medicina; y así lo he explicado en el quarto Discurso de mi primer tomo. Para mí, respecto de los que gobiernan Estados, no hay otra política segura que la que consiste en el complexô de las dos virtudes justicia, y prudencia.

S. VII.

22 **A** Los reparos que V. md. pone sobre las advertencias que hago para la eleccion de Médico, responderé con ingenuidad, y sin cavilacion. A la primera de *que el Médico sea buen Christiano*, o pone V. md. *que es difícil hacerle los informes, y aun mas difícil averiguarle las hypocrestas.* Señor D. Martin, los Médicos viven muy en los ojos del Pueblo. Apenas con otra clase de hombres hay tan frecuente trato. Una hypocresía tan doble, que en la frecuencia del comercio no dexé traslucirse la alma, es rarísima. Ni los Médicos son la gente que mas estudia en esconder vicios, ú ostentar virtudes: luego si aun los que no son muy perspicaces, comunmente hacen un juicio prudencial, bastantemente seguro de la christianidad de aquellos con quienes tratan, podrá el Pueblo comunmente no engañarse en el concepto que hace del Médico sobre su virtud, ó malicia.

23 A la segunda de *que sea juicioso, y de temperamento no muy igneo*, dice V. md. *que el vulgo suele tener por juicio lo que es simpleza, y estolidéz, y en todo hay riesgo; porque quando el Medico debe ser pegaso, no se le ha de buscar tortuga.* Confieso que este reparo está bien hecho. Es cierto que el vulgo equivoca comunmente al tardo con el juicioso, y al pronto con el intrépido. Tambien es cierto que ninguna Arte pide tanta agilidad intelectual como la

Medicina, no solo en las enfermedades muy executivas, pero aun en las comunes: porque necesita correr el Médico los ojos por tanta variedad de indicantes, y contraindicantes; y no solo mirarlos, sino pesarlos. Es cosa muy distinta tener agíl el discurso de tener azorada la mano. No es lo mismo viveza que precipitacion. No se opone la prontitud del ingenio con la solidez del juicio. Las águilas quando quieren, vuelan, y quando quieren, paran. Y por el contrario, puede ser el Médico tardo en entender, y atropellado en obrar: y aun creo que esto es lo que comunmente sucede: como tambien que el que es mas veloz en las reflexiones, es mas perezoso en las recetas. Aquel atiende á un precepto solo, y por eso obra; este á muchos que estan encontrados, y por eso se detiene. Confieso, pues, que el vulgo no es capaz de hacer juicio del juicio, ni los discretos le pondrán en razon sobre este articulo, pues él siempre se estará en sus trece de tener por hombre muy juicioso á aquel que por su lengua torpe, por su paso lento, y por su entendimiento tardo está rás con rás de ser tronco.

24 La objecion que V. md. hace á la tercera advertencia, es un gracejo galante de aquellos que usan oportunamente los discretos para quitar el fastidio á las seriedades; y así no me detengo en ella.

25 A la quarta de que *el Médico no sea adicto á sistema alguno filosófico*, opone V. md. que *el Pueblo no entiende de sistemas, ni de filosofías*. Todo el Pueblo, es verdad; pero raro es el Pueblo de algun tamaño, donde no haya muchos que entiendan lo bastante para hacer este juicio; y facilmente descende de estos á los demas el crédito, ó descrédito del Médico.

26 A la quinta advertencia de que *el Médico no sea amontonador de remedios*, V. md. la califica, apuntando enérgicamente el destrozo que hace en los hombres la multitud de medicamentos. Díceme V. md. que procure yo desterrar este pernicioso error del vulgo de los Médicos. Esa es empresa mas proporcionada á las fuerzas de V. md.

y si V. md. no puede, mal podré yo. Con mas razon me pudiera V. md. decir, en caso de ponerme á esa empresa, lo que Hector á Eneas:

..... *Si pergama dextra
Defendi possent, etiam hac defensa fuissent.*

27 A la sexta de que *el Médico observe, y se informe exáctamente de las señales de la enfermedad, que son muchas, y se toman de muy varias fuentes*, dice V. md. que *el que haya de ser fiscal de esto, debe primero saberlas todas*. No es menester tanto. Yo sin saber qué señales se deben observar, con saber que son muchas, conoceré que no las observa todas exáctamente el Médico que se contenta con exáminar ligeramente no mas que la orina, y el pulso: así como sin saber donde está la mina, con saber que está profunda, sabré que no llegará á ella el que se contenta con dar dos azadonadas.

§. VIII.

28 **H**E reservado para ahora (porque me he de detener mas en él) el cargo que V. md. me hace de que me muestro rígido Scéptico. Puede ser que en mi escrito, por no haberme explicado bien, lo parezca; pero es cierto que no lo soy. Scéptico rígido es aquel que nada tiene por cierto, y en lo opinable queda siempre con perfecta suspension, por no admitir desigualdad de probabilidad entre las opiniones opuestas. No es ese mi caracter: pues algo juzgo cierto en la Medicina, y admito desigualdad en lo que es puramente probable. Es verdad que inclino mucho al Scepticismo, y no hallo modo de remediarlo; porque los mismos Médicos que me habian de curar esta enfermedad (si lo es), me la aumentan. Véolos casi generalmente discordes en toda la práctica del Arte. Pues si ellos no averiguan la verdad, ¿por qué no he de quedar yo en la duda? No son muchos los Autores Médicos que he visto; pero esos bastaron para asegurarme de que rara asercion hay en la Medicina que esté fuera de controversia. Si leyera mas, dudaria mas: que es puntualmente lo que Ramazzini, citado arriba, dice de sí mismo, que quan-

quanto mas leía los mas excelentes Autores antiguos, y modernos, tanto mas incierto, y dudoso quedaba de lo que debia obrar: *Quoties cum veterum, tum recentiorum Medicinae Procerum præstantiora monumenta, & quæ creduntur cedro magis digna volumina, evolvere mihi volupe est, idem prorsus mihi evenire sentio, ac Terentiano Seni, qui cum in filii sui causa plures advocatos accersisset, eosque inter se pugnantes deprehendisset: incertior (inquit) multo sum, quam dudum.*

29 A vista de lo que dice Ramazzini, y á vista de la innegable oposicion de los Autores, no creo deban irritarse los Médicos por haber dicho yo que *saben poco de curar los enfermos*. Ya se vé que sabrán mas que los Teólogos; porque lo que se sabe, ellos lo saben. Pero que es poco lo que se sabe, lo pruebo, á mi parecer, con evidencia, de este modo, poniendo por mayor en el silogismo una proposicion de V. md. *Aquello que se disputa se ignora, sed sic est que en la Medicina casi todo se disputa: luego casi todo se ignora.* La menor del silogismo es innegable, pues apenas hay precepto práctico, que no tenga sus contradictores, como hice ver en el Discurso Médico, y como se podria probar mas largamente: y aun los mismos que concuerdan en el precepto, se hallan despues discordes en la aplicacion. La mayor es de V. md. en su Carta, fol. 23. á aquellas palabras: *Confieso la ignorancia de las causas morbificas. (¿Pues quién negará que se ignora lo que se disputa?)* Tengo por concluyente la razon para la ignorancia de las causas; pero del mismo modo prueba la ignorancia de los remedios: pues no menos se disputan (con cortísima excepcion) los remedios que las causas.

30 Juan Doléo, en su Encyclopedia Médica, casi en todas las enfermedades, despues de referir las varias sentencias que hay en orden á las causas, trae las que hay en orden á los remedios. El mismo Doléo, hablando de las fiebres, dice que los Médicos del mismo modo ignoran los remedios, que las causas: *Febris morbus, vel á limine, sive sui initio, cognitus, at nequidquam á medentibus cognitus*

-nsup

hactenus in causis, modo fiendi, sedibus, ut nec in remediis. (De Febris, cap. 1.) ¿Por qué he de creer yo que qualquiera Médico ordinario sabe lo que un hombre de tanto estudio, y experiencia como Juan Doléo dice que todos los Médicos ignoran?

31 Y sin apartarnos de la fiebre (por ser esta la mayor provincia del gran reyno de la Medicina), ¿quánto encuentro de opiniones se observa en orden á su curacion? Unos (y esto es lo mas comun) culpan los ácidos, y quieren que se acuda con alkalis. Otros (como Ballivio lib. 1. Prax. Medic. fol. mihi 50.) acusan los alkalis, y buscan el socorro en los ácidos. O estos, ó aquellos dañan, sin que yo pueda saber quiénes aciertan. Unos dicen que en la fiebre la sangre circula con mas velocidad: otros que camina con mas lentitud. Aquellos quieren que se le tire la brida: estos que se le arrime la espuela. Si yerran aquellos, estancan lo que se habia de mover: si yerran estos, precipitan lo que se debia refrenar. ¿Cómo he de confiar ni en aquellos, ni en estos mientras no se aclara la duda?

32 No pára aquí la controversia en materia de fiebres. Toda la práctica está llena de dudas. El Ramazzini, en el lugar citado arriba, se pone á describir la variedad de opiniones que hay en una junta de Médicos, llamados en el principio de una fiebre, hablando cada uno segun la práctica que sigue, y dice así: "Unos muy activos claman hasta ponerse roncós, que se ha de procurar extinguir desde luego el fuego de la fiebre, porque no se abraza toda la casa: que se acometa al enemigo dentro de sus lineas, antes que tome mas fuerzas. Otros con el mismo ahinco replican que se debe ir poco á poco: que se ha de procurar la coccion de los humores, porque no se invierta la crisis: que se espere á que la fiebre por sí misma se quebrante, porque segun la sentencia de Livio, mas aprovechan los Médicos á veces estando ociosos, que obrando. Del mismo modo en el uso de los remedios: unos dicen que solo con las sangrias se ha de degollar la fiebre: otros, parcos en la efusion de sangre, oponen

Tom. II. del Teatro.

Aa

"que

» que inutilmente se derrama en la fiebre el tesoro de la
 » vida; porque segun Galeno, la obstruccion, y podre-
 » dumbre, que son principalísima causa de la fiebre, no se
 » quitan con la sangria. Unos todo el cuidado ponen en
 » purgar á los enfermos; de modo, que tendrian por delito
 » no dar al principio su leniente, y al fin; ó quitada la ca-
 » lentura, una purga radical para quitar el miedo de recaí-
 » da. Otros por el contrario, atendiendo al genio de la na-
 » turaleza, que rara vez, ó casi nunca termina las fiebres
 » con evacuacion por el vientre, aborrecen mortalmente
 » la purga en el fin de la fiebre. Algunos quieren que el
 » enfermo beba agua copiosamente, siguiendo una máxi-
 » ma de Hippócrates, que da á entender que el fuego de la
 » calentura se apaga con agua. Otros quieren que se huya
 » del agua fria, de miedo que se sufoque el calor nativo, y
 » la causa morbífica se empeore. Algunos todo su conato
 » ponen en recetar cordiales, para domar, ó precaver la
 » malignidad. Otros (acaso mas cuerdos) se detienen en
 » el uso de los cordiales, por no añadir fuego al horno.
 » Hasta aquí el Ramazzini.”

33 Sobre esta relacion se debe hacer una reflexion, y es,
 que cada Médico, siguiendo su doctrina, dice de la prácti-
 ca contraria, no solo que es inutil, sino dañosa. Luego
 qualquiera Médico que llame yo, hay otros que dicen que
 la práctica que sigue este, no solo no me aprovecha, sino
 que me daña. No quiero sacar mas conseqüencias, porque
 están bien á la vista

34 Hablando en general de los remedios (exceptuan-
 do el mercurio para el mal venereo), ninguno hay que sea
 de la aceptacion de todos los Médicos. Aun al mercurio le
 contradixo Fernelio. La purga, que es el remedio mas co-
 mún, tiene muchos, y grandes enemigos aun fuera de la
 escuela de Helmoncio, en consideracion de su inutilidad,
 y malignidad. No alcanza á la causa morbífica: solo se en-
 tiende con el producto morboso, y es indecible el daño
 que ocasiona en el cuerpo. Señaladamente puede verse so-
 bre este punto la doctísima Diatriba de Christiano Kursnero

de

de Purgantium proscriptio, que apenas dexa duda en la
 materia: y el Panegyrico que de aquella Disertacion ha-
 ce Juan Doléo en una Carta que se halla en el segundo
 tomo de Juan Jacobo Waldsmith, fol. mihi 375. de quien
 pudiera yo trasladar algunas palabras, como son aquellas,
 fol. 378: *Quamvis tota Medicastrorum cohors furore agitata
 torvo vultu veritatem sit inspectura.* Y aquellas mas abaxo:
*Sanè cruménam habebunt nimis purgatam, & aliorum ex-
 crementis minus impletam, quod minimè illis placebit.* Es-
 tas expresiones del furor, y del motivo de furor de algunos
 Doctores, quando se manifiestan al Mundo los riesgos de
 sus remedios, ya se yo que no vienen á los Médicos de
 la sabiduría, é ingenuidad del Doctor Martinez. Pero esta
 Carta, no solo la ha de leer el Doctor Martinez, sino al-
 gunos, que aunque tengan nombre de Médicos, no mere-
 cen ser discípulos suyos.

35 De las opiniones que hay sobre la sangria ya se
 dixo bastante en el Discurso Médico. Todo lo demas va
 del mismo modo. A las fuentes en brazos, ó piernas, reme-
 dio tan comun, las condenan muchos por inútiles, y no-
 civas. Jacobo Primerosio (*lib. 4. de Erroribus in ordine ad
 Medicinam, cap. 56*), tratando de las fuentes, empieza
 con esta vehemente inveciva: *Ignotum veteribus: & nos-
 tro tempore, in Anglia præsertim, nimium familiare, & abo-
 minandum prorsusque inutile remedium, sunt ulcera illa,
 que vulgo fontanellæ vocantur.* No se contenta con lla-
 marlas remedio inutil, sino tambien abominable.

36 No con menos energía Theodoro Craanén (*tom. 1.
 cap. 43. de Fonticulis, & Setonibus*) declama contra fuen-
 tes, sedales, ventosas, y vesicatorios. Empieza así el ca-
 pítulo: *Nunc autem progredimur ad Fonticulos, Setones,
 Cucurbitulas, & Vesicatoria.* Y poco despues: *Dicimus hæc
 medicamentorum genera, esse potiùs tormentorum genera,
 planè inutilia, & contra omnem rationem, sine iudicio ef-
 fecta, & lucri causa tantum ab otiosis, & irrationabili-
 bus Medicis, & Chirurgis excogitata.*

37 A los cordiales tienen infinitos por remedio pura-